

Sección especial

Presentación del Embajador Hayashiya

DOI: 10.32870/mycp.v6i18.182

Omar Martínez Legorreta*

Todo lector que se asome a las descripciones de los primeros contactos que se dieron entre las costas americanas y el otro lado del Pacífico, no puede menos que sentirse envuelto de una especial fascinación por los relatos de viajeros, descubridores, conquistadores, misioneros y comerciantes sobre lejanas tierras, sus habitantes, costumbres, instituciones, etcétera, que por no pertenecer al limitado mundo europeo siempre fueron calificadas de “exóticas”.

Hay que leer, por ejemplo, cómo se creó la Ruta de la Seda, que unió al imperio chino con el imperio romano, por medio de las caravanas de mercaderes a través del Asia central, que motivó más tarde a los comerciantes venecianos a explorar los mercados desconocidos que se describen en forma tan amena como increíble (todavía en nuestros días, en las narraciones de Marco Polo y su estancia en la corte del emperador mongol Kublai Khan). Los de esa ruta traficaban especialmente con sedas y especias, noticias, conocimientos e instrumentos que así llegaron a Europa y contribuyeron al despertar de su largo sueño medieval.

Más tarde, en el siglo XV, los navegantes de las dos principales potencias marítimas europeas, Portugal y España, fueron enviados a buscar las islas o tierras fabulosas en donde el oro y la plata “amontonados” esperaban su llegada. Fue natural que los navegantes lusitanos, que llevaban la delantera a los

españoles, hallaran las rutas marítimas en el Atlántico y el Índico que les condujeron a las *Islas de las Especias o de la Especiería*. En sus viajes aprovecharon bien las cartas de navegación y los conocimientos náuticos y de astronomía de los navegantes árabes de siglos anteriores; así, Portugal se adjudicó la propiedad y el monopolio de tan lucrativo tráfico, dejando fuera de esas rutas a su eterna rival española.

Cuando el reino español empezó su aventura como un estado unificado, se dio cuenta de que era muy caro mantener un imperio creciente. Creerle al almirante genovés Cristóbal Colón sus teorías y apoyar su búsqueda sobre el Atlántico hacia el occidente, dieron al reino unificado de Castilla y Aragón no el camino tan buscado hacia las Islas de las Especias, sino el inesperado continente que se encontró al paso en su camino hacia Cipango (Japón), en cuyas proximidades, de acuerdo con las descripciones de Marco Polo, debían hallarse las *Islas ricas en oro y plata* a las que, seguramente, no habían llegado los barcos portugueses.

Encontrarse con un nuevo mundo no modificó la meta española de hallar aquellas islas, lo que fue el motivo para armar expediciones y ordenar que, desde la Nueva España, se siguiera en su búsqueda. Esas tierras debían estar más allá del nuevo continente, en el desconocido Océano Pacífico.

Las aguas del nuevo océano nunca habían sido cruzadas de oriente a occidente. Hernán

* El Colegio Mexiquense

Cortés, concluida la conquista de Tenochtitlán y cuando se iniciaba la organización de la nueva colonia, se embarcó siguiendo las costas de la Nueva España, hacia el norte, en busca del paso de mar que debía conectar al Atlántico con el Pacífico que no encontró. Poco después organizó y despachó una expedición rumbo a las islas del Poniente, que puso al cuidado de Álvaro de Saavedra Cerón, quien partió de Zihuatanejo en noviembre de 1527. Con el primer virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza, otra expedición partió del puerto de La Navidad en noviembre de 1542, al mando de Ruy López de Villalobos. Ambas expediciones debían alcanzar las islas Molucas o del Poniente y regresar a la Nueva España. Tuvieron éxito y hallaron en su camino otras islas que les sirvieron de apoyo, a las que fueron dando nombres como las Marianas, Guam, etcétera, pero no pudieron encontrar la ruta de regreso a la Nueva España.

El segundo virrey enviado de Madrid, Luis de Velasco, recibió órdenes precisas de la Corte para continuar la búsqueda, con el objetivo de que “se descubrieran algunas islas y provincias de las que hay en esas partes”, sobre un mar del que poco sabían y no tenían cartas de navegación. El virrey de Velasco, de acuerdo con las instrucciones recibidas, dispuso dos grandes expediciones: una hacia la Florida y otra que debía encontrar las islas del Poniente, “hacia los Malucos”, a finales de 1557. Esta expedición es la que nos interesa ahora.

El virrey Velasco dio el mando de dicha expedición a su sobrino Miguel López de Legazpi, quien sería acompañado por fray Andrés de Urdaneta, religioso agustino que ya había estado en una expedición anterior que partió desde España y pasó ocho años en las “Islas de Maluco”. Gran conocedor de las islas y su navegación, fue el elemento decisivo para encontrar, a partir de las Filipinas, la desconocida ruta del tornaviaje a la Nueva España.

Encontrada la ruta del regreso y debidamente cartografiada, se trazó el

recorrido de los galeones de Manila hacia Acapulco. Las Filipinas eran ya una colonia española en el Lejano Oriente y Manila, su capital, se convertía en el centro de rutas comerciales que la unían con Japón y China para el tráfico comercial con la Nueva España y la metrópoli en Europa. A partir de 1565 y durante 250 años, esa ruta fue la que recorrió el galeón de Manila o nao de China. La importancia creciente del comercio centrado en Manila hizo que en 1592 el gobernante japonés, el Shogun Hideyoshi, tomara la iniciativa de enviar una carta al gobernador español de las Filipinas, Gómez Pérez Dasmariñas, en la que exponía su interés por iniciar y mantener relaciones comerciales con la Nueva España y su metrópoli. España tardó mucho en decidir.

De Japón salieron dos embajadas que viajaron a la Nueva España con el propósito de iniciar intercambios comerciales: la primera fue enviada por el gobierno del Shogunato y la segunda por un señor feudal, Date Masamune, que salió sin la autorización del gobierno central. Esta última misión la encabezó el samurai Hasekura Rokuemon.

Ambas misiones quedaron registradas en los escritos del historiador mexicano indígena Chimalpahin, quien menciona que algunos japoneses de los llegados con ambas misiones se quedaron en México y no volvieron a su país cuando los jefes de éstas regresaron a Japón.

De la misión que encabezó Hasekura se dice que, cuando éste regresó de España y viajó a Acapulco para abordar el navío hacia Japón en 1618, se encontró con que muchos de los japoneses se habían casado con mujeres del puerto y procreado hijos, otros se habían vuelto a Japón en los galeones anuales y otros más partieron del puerto hacia otras regiones y ciudades de México.

El acucioso estudio que ha realizado el embajador Eikichi Hayashiya (“Los japoneses que se quedaron en México en el siglo XVII”) parece encontrar el rastro de los que pertenecieron a la Misión Hasekura, que

decidieron no regresar a su país y de Acapulco se fueron a explorar otras regiones, donde se asentaron.

Durante los años que la Misión Hasekura estuvo en la Nueva España y Europa, en Japón se acumulaban los problemas ocasionados por el celo de los misioneros españoles y el odio mutuo que se tenían con los holandeses, el cual reflejaba las guerras de España en los Países Bajos. Los misioneros católicos y los comerciantes holandeses protestantes rivalizaban por convencer al Shogun de que unos u otros eran avanzadas de conquista. Fue también el inicio del Shogunato Tokugawa y el principio de un gobierno más centralizado que metió en orden a los señores feudales, sobre todo del sur del país, medidas que seguramente afectaron a su señor Date Masamune.

Es posible que las noticias que sin duda recibieron en Acapulco —cuando llegaba el galeón de Manila— sobre la difícil situación interna de Japón y las medidas que el gobierno shogunal había tomado en contra de los misioneros católicos y la persecución que se desató contra los cristianos japoneses, ocasionaran que estos acompañantes de Hasekura que se habían hecho cristianos y fueron bautizados con su jefe en México y en Madrid, por temor a lo que podría ser su suerte, decidieron no regresar a su país y prefirieron irse de Acapulco hasta llegar a la Nueva Galicia (en 1624) y asentarse en Ahuacatlán (Nayarit) y en Guadalajara. Acompañado de los miembros que quedaban de su misión, Hasekura viajó a Manila y se quedó en Filipinas por varios años y, después de abjurar de su fe cristiana, regresó a Japón donde murió.

Cualesquiera que hayan sido los motivos de aquellos japoneses para permanecer en México y Nueva Galicia, lo cierto es que dejaron su huella en la historia local y en los tratos comerciales y civiles que fueron debidamente registrados por las autoridades correspondientes, tanto religiosas como civiles, y que sus nombres cristianos pueden

hoy leerse en las actas o partidas relacionadas con testamentos y defunciones, así como en lápidas sepulcrales que guardan sus restos en cementerios locales y aun en la cripta de la misma catedral de Guadalajara.

La documentada descripción que presenta el embajador Hayashiya sobre algunos de los miembros de la Misión Hasekura, constituye una interesante aportación a la historia de las relaciones entre Japón y México, a la historia regional y local de Jalisco y Guadalajara. Aquellas misiones japonesas y novohispanas testimoniaban el interés que había por aprovechar la ruta transpacífica para conocerse y llevar a cabo relaciones mutuamente beneficiosas. Ese espíritu de encuentro parece que se descuidó posteriormente, con la independencia de México, cuando cesó el tráfico comercial entre Manila y Acapulco. Ese interés no se ha recuperado totalmente en nuestros días.

Agradezco de manera especial al Departamento de Estudios del Pacífico de la Universidad de Guadalajara, en particular a su jefa, la maestra Melba Falck, la invitación a presentar el texto de la investigación realizada por el embajador Hayashiya, a quien, desde hace muchos años, estimo con especial afecto. Esa amistad se inició en 1968, en la ciudad de México, cuando Hayashiya era consejero de la Embajada de Japón a cargo de los asuntos culturales, y su oficina se localizaba cerca del edificio que ocupaba entonces El Colegio de México, institución a la que yo pertenecía. Fue precisamente una invitación del embajador Hayashiya la que me permitió escribir un documento sobre aquellos primeros contactos oficiales de México con Japón, texto que la Embajada de Japón publicó para la conmemoración del 350 aniversario de la llegada de la Misión Hasekura a nuestro país.

Pocas personas hay que reúnan las cualidades que reconocemos en el embajador Hayashiya. Como diplomático y miembro del servicio exterior de Japón ha ocupado importantes embajadas; como profundo conocedor de su lengua materna y de la

historia y literatura japonesas, está bien posicionado para estudiar la lengua y literatura española y latinoamericana. Su amplia cultura e interés por la historia de las relaciones entre Japón y América Latina, le hicieron traducir al castellano la hermosa obra de la literatura japonesa *Sendas de Oku*, que hizo conjuntamente con el escritor Octavio Paz. De la literatura indígena mexicana, el embajador Hayashiya tradujo al japonés el *Popol Vuh*, así como las *Cartas de Colón* y la *Relación de las Cosas de Yucatán*, además de ser coautor de dos importantes obras publicadas en japonés: *Artes de España* y *Cultura Hispánica*.

Buena prueba de su permanente interés, de su curiosidad inagotable como historiador de las relaciones entre nuestros países, es el estudio que aquí se presenta, en el que continúa haciendo aportaciones a ese tema. Me complace reconocer, una vez más, el importante papel que ha tenido el embajador Hayashiya, en el acercamiento y consolidación de las relaciones entre México y Japón, que espero confiadamente se acrecienten en el futuro por el bien de los dos países. 